

Racionalidad y teología

Eduardo J. Ortiz

La Escuela de Filosofía de la Universidad Católica Andrés Bello organizó entre los días 17 y 19 de octubre un Coloquio interuniversitario Iberoamericano sobre "Racionalidad Científica, Racionalidad Práctica y Racionalidad Teológica". El presente artículo es una versión ligeramente reducida de la ponencia allí presentada.

El tema de esta ponencia fue sugerido por sus organizadores, pero respondía al mismo tiempo a una inquietud de millones de personas. ¿Es preciso renunciar a una parte esencial del hombre (su racionalidad) para poder ser creyente?

Hay una respuesta obvia e inicial que no resulta convincente. Consistiría ésta en afirmar que así debe ser, porque la "revelación" procede de un Dios que supera el entendimiento humano. Pero la verdad es que a los creyentes nunca nos habla directamente Dios sino unos hombres —antepasados o contemporáneos— que dicen hablarnos en nombre de Dios. Y por eso la pregunta mantiene toda su fuerza. ¿Por qué tengo que renunciar a mi racionalidad para aceptar la (i)rracionalidad de otro?

Ese es el problema que aquí se plantea.

DOS ESCEPTICISMOS

Quien trate de defender hoy la racionalidad de la teología o de la fe tiene que hacer frente a dos escepticismo: el del ateo, y el del mismo creyente.

Muchos ateos defenderán precisamente su postura apoyados en la racionalidad. Hay que ser honestos intelectualmente —dirán ellos— y apoyarse únicamente en lo comprensible y en el mismo hombre para hacer frente a la vida y sus misterios. Inventarse un ser todopoderoso que está más allá de la historia y que la rige puede ser excusable entre gente ignorante, pero resulta difícilmente justificable entre personas inteligentes que buscan la verdad y están dispuestas a llegar al fondo de las cosas sin ningún prejuicio ni límite.

Pero no es sólo el ateo quien piensa así. También muchos creyentes participan del mismo esquema mental, aunque saquen de él conclusiones opuestas. Ellos piensan así mismo que la fe es de alguna manera si no incompatible sí incomprensible para el entendimiento. Por eso, al abordar las cuestiones religiosas

adoptan una postura totalmente diferente a la que toman frente a los demás problemas de la existencia. Allí no entra el entendimiento sino la fe, es decir, la aceptación ciega de afirmaciones que no pueden ni deben ser sometidas a la criba de la racionalidad. La fe, utilizando una expresión aplicada a la tecnología es un "paquete cerrado" que o se acepta como un todo o se rechaza por completo. La palabra mágica mediante la que se resuelve lo que en otras condiciones desembocaría en una esquizofrenia intelectual es la de "misterio". Esto es un "misterio" significa, para ellos, que es algo verdadero e incontrovertible, aunque a uno le parezca un absurdo. Se acepta porque ha sido revelado, y punto.

El catecismo del P. Gaspar Astete (1537-1601), con el que se han iniciado en la fe millones de cristianos de habla castellana desde hace varios siglos, ante la pregunta de cómo un hombre (Jesús) podía ser al mismo tiempo Dios, mandaba replicar. "No me pregunten a mí que soy ignorante. Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que le sabrán responder".

Siguiendo este consejo, todavía hoy muchos "doctores" en otras disciplinas se comportan como niños cuando se trata de la fe.

En lo que sigue quisiera avanzar sobre estas dos posturas, y decirles a ambas que algunos cristianos queremos, y creemos posible, llegar más adelante en este diálogo y entendimiento entre la fe y la razón. Más aún, que creemos posible afirmar nuestra fe sin renegar ni poner límite alguno al poder de nuestra racionalidad.

No se pretende aquí dar la versión oficial de ninguna institución. Pero sí proponer la visión de un grupo significativo de cristianos que se ha encontrado con que en muchas cosas "los doctores de la Santa Madre Iglesia no saben responder", y en consecuencia trata de ser honesto con su razón y con su fe.

TRES AXIOMAS

Por supuesto que no es ahora cuando el cristianismo se ha planteado por primera vez la cuestión de los presupuestos racionales de sus afirmaciones de la fe.

La "fe que busca comprender" es una ocupación que cuenta ya con varios siglos de existencia, y toda la escolástica medieval es un

admirable esfuerzo histórico por hacer realidad esta pretensión.

De hecho la teología no se ha desligado nunca de algún tipo de filosofía. Pero delante de todo raciocinio estaba la fe como don sobrenatural e inalcanzable por las propias fuerzas naturales. De ahí el principio medieval complementario de creer para comprender. Los fundamentos se reciben gratuitamente. A partir de ahí se puede comenzar a construir.

Hablando en términos muy generales podríamos decir que el cristianismo, sobre todo en su versión católica, ha descansado sobre tres grandes axiomas de los que ha hecho fluir todo lo demás.

Estos axiomas, o principios indemostrables, serían:

Primero: Dios existe.

Segundo: Dios se ha revelado en los escritos de la Biblia y en la persona de Jesucristo.

Tercero: La Iglesia tiene una luz y un poder especiales que la capacitan para interpretar y definir las doctrinas obligatorias sin temor de equivocarse.

A partir de estos principios el creyente podrá debatir cuestiones secundarias que las sucesivas declaraciones dogmáticas irán haciendo cada vez menores en número y más periféricas.

La pregunta que quiero plantear es la siguiente: ¿Es necesario mantener estas tres afirmaciones únicamente a nivel de axioma? ¿Cabe formularlas y admitirlas sin menoscabo de la racionalidad?

EXISTENCIA DE DIOS

Más de una filosofía ha pretendido llegar con el poder de la propia razón a demostrar la existencia de un Dios. Pero aun cuando se haya hecho la ilusión de conseguirlo a lo más que ha llegado es a crear un concepto sin contenido real. Después de una ardua labor de salvamento ha rescatado un cadáver. Así se ha terminado definiendo a Dios por lo que no es. Conocemos lo limitado y a él se le llama infinito. Conocemos el movimiento y a él se le llama inmutable. Conocemos el tiempo y a él se le llama eterno.

No es de extrañar que ese concepto de Dios no "convenga" a nadie. En la realidad ningún creyente ha llegado a Dios a través de pruebas filosóficas. Menos que nadie quienes las han creado.

En este sentido existencial he afirmado anteriormente que la existencia de Dios se acepta antes de razonar sobre ella. Pero ¿quiere esto decir que esta aceptación no es razonable?

Cabe al menos pensar que no es más arriesgada, ni más racional o irracional, que su contraria.

Afirmar que se cree en un Dios significa, entre otras cosas, reconocer que el hombre, el mundo y la historia que conocemos no dan muestras irrefutables de tener sentido y auto-

nomía suficientes dentro de sí mismos. Es posible por tanto poner en duda, y aun arriesgar-se a negarles, su carácter de primera y última palabra.

Tratando de ser honesto consigo mismo, el creyente no ve claro que el universo tenga en sí mismo su origen y su fin. Por eso deja abierta una dimensión de trascendencia que necesariamente será superior a lo que existe. Y a esa dimensión la llama Dios.

Tampoco el creyente ve claro, es importante resaltarlo, que el mundo haya sido creado por un ser exterior y superior a él, ni sabe definir con precisión qué relación sigue ligando al mundo con su origen, o ni siquiera si existe esa relación.

Y aquí entra la fe. Frente a la oscuridad se hace una apuesta. El creyente "confía" (ése es el significado profundo de la palabra fe) en que exista algún ser superior al hombre que dé un sentido último a todo, y está dispuesto a planificar su vida como si ese ser existiera. En las religiones en las que se otorga a ese Dios un carácter básico de bondad activa para con el hombre, el creyente se sentirá incluso comprometido a poner su vida al servicio de esos planes sobre la humanidad que él atribuye a Dios, para que se hagan realidad.

En ningún momento deja de reconocer que este acto es una apuesta y en consecuencia un riesgo. Pero se inclina por una "inversión segura".

En efecto. Suponemos que en algún momento de esta historia, o fuera de ella, toda persona humana tendrá la posibilidad de descubrir si su intuición fue acertada o equivocada. En el primer caso habrá tenido razón. Pero también en el segundo, porque su fe equivocada le habrá ayudado a vivir con sentido y a tratar de comunicar ese sentido a los demás.

Si alguien muere sediento de justicia, porque cree que su Dios le pide que le ayude a conseguirla, y luego resulta que ese Dios nunca ha existido, él puede a pesar de todo volver la vista atrás y contemplar satisfecho su trayectoria.

Por supuesto que el ateo puede en este respecto estar en situación igual o muy parecida a la del creyente. Por eso no se ha dicho en ningún momento que sea más razonable ser creyente que ser ateo, sino únicamente que el aceptar la existencia de un Dios no es más arriesgado, ni más racional o irracional, que el no aceptarla.

Más aún. Las diferencias más profundas entre los hombres no provienen de sus diferentes creencias sobre Dios, sino de sus distintas creencias sobre el hombre. Ya que hay creyentes a los que su fe sólo parece servirles para echar a perder su vida y la de los demás, y hay también ateos a los que su falta de fe les lleva a lo mismo.

En cambio la diferencia entre el creyente y el ateo que trabaja por una humanidad nueva donde reinen la paz, la libertad y la justicia verdadera es, después de todo, accidental; pues si

Dios existe estará con los dos, y si no existe no estará con ninguno de ellos.

Termino esta parte afirmando que no se puede llamar irrazonable a quien lanza una hipótesis sobre aquello que desconoce, y trata de trabajar bajo el supuesto de que esa hipótesis es verdadera hasta que no encuentre otra que le parezca mejor.

REVELACION

Demos un paso más. Una vez que la persona decide vivir como creyente le quedan dos alternativas: o se inventa una religión propia, o se adhiere a alguna de las ya existentes.

Los fundadores de las diversas religiones —incluido el cristianismo— optaron por la primera alternativa y anunciaron un Dios nuevo. La mayoría de los creyentes hemos optado por la segunda posibilidad. Hemos creído en un Dios con "historia".

O para hablar con más propiedad. En el proceso real de nuestra fe se nos ha impuesto una visión religiosa desde la infancia. En nuestro caso, somos católicos porque nacimos dentro de una familia católica en un país de mayoría católica. Es muy probable que si hubiéramos nacido en un país de mayoría musulmana seríamos musulmanes fervientes y convencidos.

Pero quizás también esto último es parte de la "razonabilidad" de toda decisión religiosa. Es posible cambiar de religión o aun abandonarla. Pero es también razonable mantener aquélla en la que se ha nacido, mientras otra opción no presente razones muy fuertes que inclinen a dejarla. Eso es lo que hacen los seres razonables en otras muchas opciones fundamentales de su vida referentes al trabajo, el estado civil, los amigos, las ilusiones y los sueños.

El Dios judeo-cristiano se revela en un conjunto de libros (la Biblia) y en una persona (Jesucristo). Ambas afirmaciones pueden ser aceptadas razonablemente.

La Biblia es un conglomerado de libros escritos en épocas, lugares y estilos literarios muy diversos, en los que nuestros predecesores en la fe dieron testimonio de sus vivencias religiosas.

En este sentido, decimos que esos libros nos descubren o "revelan" a nuestro Dios.

Esta afirmación hace surgir otras preguntas.

¿Por qué, por ejemplo, hemos aceptado esos libros y no otros escritos sobre el mismo tema y en la misma época? Esa es también una decisión que quienes nos precedieron tomaron por nosotros. En el transcurso del tiempo, entre todos los libros religiosos de la cultura judeo-cristiana, unos se fueron conservando y transmitiendo porque reflejaban mejor y más perennemente lo que las diversas generaciones de creyentes pensaban de su Dios. Los de-

más se olvidaron, se perdieron o se despreciaron como falsos y apócrifos.

Algo semejante ha ocurrido a nivel filosófico, literario y artístico con culturas antiguas como la griega. Tenemos que conformarnos con los que nos queda, y tener la esperanza de que eso haya sido lo mejor que esas culturas produjeron.

Claro que frente a la Biblia caben diversas actitudes: desde el fanatismo y respeto casi sagrado hasta la disección crítica y exigente de sus textos. Baste decir aquí que esta última postura es admitida, practicada y hasta estimulada en todos los centros de estudios bíblicos de prestigio internacional.

Por otra parte, decir que Dios se nos revela en la Biblia no significa que baste leer sus páginas para hacerse una idea cabal, coherente y completa sobre lo que el cristiano cree de su Dios.

Muy al contrario, en sus diversos escritos se entremezclan imágenes contradictorias, muchas veces primitivas y groseras, en las que cada generación ha ido decantando su experiencia de Dios. Un Dios en el que explotan incontrolados los celos, la sed de castigo y de venganza junto a extremos conmovedores de misericordia, compasión y fidelidad.

Ante este Dios tan humano hasta en sus debilidades es comprensible que filósofos como Ludwig Feuerbach hayan hablado de él como "alienación", cuya imagen estaría formada por todos los atributos que el hombre se ha arrebatado a sí mismo para construir un ídolo a quien someterse y adorar.

Cabe sin embargo otra interpretación de esta actitud. El hombre insatisfecho consigo mismo, ha proyectado siempre su ser ideal más allá de su propia realidad; y esta proyección le ha ayudado a superarse caminando en su búsqueda.

Eso es algo que está implícito en la afirmación cristiana de que Jesucristo es la revelación de Dios con rostro humano.

En efecto; una vez aceptada la fe en un Dios caben dos posturas fundamentales: admitir que alguna de las personas que han existido ha revelado a Dios de una manera totalmente singular e irrepetible, o negar esta presencia peculiar de Dios entre los hombres.

Aquí es donde, dentro de nuestra tradición religiosa dominante, se han separado judíos y cristianos: Los cristianos han optado por la primera alternativa, y han atribuido a un judío conocido como Jesús de Nazareth, que vivió entre los reinados de los Emperadores Augusto y Tiberio, este carácter revelador de Dios.

De nuevo podríamos descubrir dentro del cristianismo numerosos niveles de aceptación y comprensión de este hecho, y significados múltiples escondidos bajo la aceptación de unas mismas palabras. Digamos aquí únicamente que no es "irrazonable" encarnar vitalmente el ideal que se tiene de Dios en una persona, y decir que entre todos los seres humanos

que han existido ha habido uno que se acerca más que ningún otro a ese ideal y que, si todos viviéramos como él, el mundo sería más semejante a como Dios quiere que sea.

Quizás muchos creyentes y ateos estarán pensando que afirmar lo anterior es admitir demasiado poco. El cristianismo dice de Jesús otras muchas cosas más concretas y desconcertantes que parecen superar a la razón: él hizo milagros, resucitó de entre los muertos, es de naturaleza divina.

En un artículo no se puede abordar y comentar uno por uno todos los dogmas que la Iglesia ha ido acumulando a lo largo de veinte siglos. Baste decir por el momento que un teólogo y un cristiano pueden aceptar las tres afirmaciones anteriores, y otras muchas más, y entenderlas en un sentido que no le obligue a abdicar de su racionalidad.

Hace falta, eso sí, adentrarse primero en la cultura que transmitió esas vivencias y acuñó esas expresiones; y después hay que saber separar el fruto de la concha para comer lo que alimenta y desechar lo que sólo sirve para protegerlo.

IGLESIA

Admitida la existencia de Dios y los medios a través de los que éste se revela, queda un tercer paso para concluir nuestro razonamiento inicial. Nos falta considerar la razonabilidad de reconocer el que algunas personas interpretan esa revelación con autenticidad.

Comencemos por decir que una vez que se acepta vivir la propia fe dentro de una de las iglesias establecidas, esto conlleva admitir algún tipo de organización y autoridad.

Es una decisión "razonable".

Ello no implica que el católico, para hablar de nuestro caso concreto, acepte que la organización actual de la Iglesia sea la mejor de las posibles. Muchos católicos piensan, por el contrario, que en muchos casos la sociedad civil está más razonablemente estructurada que la Iglesia.

Menos aún implica esta opción aceptar sin discusión ni reserva todas y cada una de las decisiones que pueda tomar la autoridad eclesiástica en un momento determinado. Aunque el atributo de infalibilidad que desde hace poco más de un siglo se ha otorgado en la Iglesia católica a algunas declaraciones singularísimas de los Sumos Pontífices haya sido muchas veces malentendido por la mayoría aun de los propios creyentes, y extendido a toda una serie de afirmaciones coyunturales a las que, en el sentido genuino de la expresión, nunca se debería haber aplicado.

Es verdad que todo creyente, por el solo hecho de serlo, acepta implícitamente algún tipo de "infalibilidad" en su iglesia. Piensa que ella puede caer en muchos errores y desviaciones prácticas conscientes (pecados); pero cree así mismo que a pesar de ello sigue manteniendo

una fidelidad medular a sus fundamentos, por lo que es razonable seguir perteneciendo a ella y continuar considerándola como legítima representante de la propia fe.

No negamos que algunas actuaciones históricas de la Iglesia han podido ser consideradas por algunos de sus seguidores, o hasta por grupos enteros, tan aberrantes y alejadas de la verdad que por fidelidad a su conciencia estos cristianos han decidido separarse de ella. Esto ha ocurrido varias veces en la historia. Pero esos mismos cristianos que se separan de la Iglesia entonces dominante, si siguen manteniendo algún tipo de fe, terminan por fundar una nueva Iglesia o asamblea de creyentes con unos principios organizativos que pueden estar más adaptados a su sensibilidad o al momento histórico en el que se produce la escisión, pero que constituyen también un organismo regido por principios de autoridad.

Y también a esta nueva Iglesia se le atribuirá implícitamente cierto grado de infalibilidad de fidelidad básico a los fundamentos de su fe.

Incluso, por ironías de la historia, algunas sectas cristianas han resultado al fin más fanáticas e intolerantes que el tronco del que se desgajaron.

Fuera de las religiones hay también dentro del hombre un impulso que le lleva reunirse con otros, sacrificando algo de su libertad, para lograr con más efectividad sus objetivos personales, económicos, políticos o sociales. La Iglesia participa de algún modo de esta razonabilidad.

DOGMA

Es posible que muchos cristianos piensen que lo dicho hasta ahora es excesivamente reduccionista, y que tanto la doctrina cristiana como la teología dicen mucho más y a un nivel más inaccesible.

No faltarán incluso quienes piensen que no hay que perder el tiempo siquiera en convenir a los ateos de que es razonable confesarse cristiano.

Más concretamente muchos, incluso entre los teólogos, pensarán que hay un límite voluntariamente aceptado frente al que la racionalidad se debe detener. Y ese límite es el dogma. Llevada hasta un extremo polémico esta postura se gloriará de creer lo que parece absurdo precisamente porque lo es. Gozamos del privilegio —dirán ellos— de que Dios nos haya revelado cosas inalcanzables por la sola razón. Y así los cristianos-confesamos entre otras cosas que en Dios hay una naturaleza y tres personas, que en la Eucaristía están presentes sustancialmente el cuerpo y la sangre de Cristo bajo accidentes de pan y vino, que la Virgen María subió en cuerpo y alma a los cielos. Sería soberbia querer explicar todo y resultaría vano tratar de comprender la infinitud de Dios. Hay cosas que se aceptan porque son así aun-

que, al menos en este mundo, nunca lleguemos a entenderlas plenamente.

Otros creyentes, por el contrario, tendrán a matizar esa opinión y se resistirán a dejarse despojar de su razón en un terreno tan decisivo para la propia existencia.

Es verdad que hay muchas cosas, dentro y fuera de la religión, que no se logran comprender. Pero por eso mismo no se pueden aceptar como definitivas formulaciones construidas con una terminología anacrónica, y basadas en unos presupuestos filosóficos hace tiempo abandonados como insuficientes. En este caso no se aceptaría lo misterioso sino que se repetiría lo que otras personas, carentes de medios de expresión hoy accesibles, no pudieron formular mejor.

Lo que realmente es hasta ahora misterioso sigue siendo inabarcable por la mente humana. Por lo tanto, cualquier formulación que intente explicarlo se queda siempre corta.

Toda declaración dogmática trata de preservar un fondo de verdad que hay que mantener. Pero cada momento histórico debe tener libertad para reformular ese núcleo con instrumentos filosóficos y lingüísticos cada vez más refinados, convencido así mismo de que tampoco su reformulación devela el misterio.

Aquí también es posible concluir, por consiguiente, que la aceptación de una fe religiosa no está reñida con el ejercicio libre e ilimitado de la capacidad de razonar.

MISTERIO

Hemos terminado hablando del misterio. Algo cuya existencia es más que evidente.

Cualquier persona, creyente o atea, cree razonable reconocer la presencia de fenómenos desconocidos e inexplicados, admitir la limitación del conocimiento humano y afirmar que todavía hoy, y quizás siempre, la realidad nos supera.

Además, conviene no olvidar que nunca la razón ha sido considerada universalmente como la única fuente del saber. Es necesaria en la cotidianidad y resulta siempre peligroso enfrentarse a ella, pero se la puede también superar sin negarla. Y de hecho todos hemos tomado las decisiones más trascendentales y comprometedoras de nuestras vidas por motivos que sobrepasan a la racionalidad y que ésta no es capaz de comprender plenamente. Algo de lo que sugería Blaise Pascal al hablar de las razones del corazón. También el creyente, aunque se niegue a ser irracional, se resiste así mismo a tener como último criterio las posibilidades inmanentes a la sola razón. Cree en los instrumentos pero no los convierte en fines. Se encuentra más cerca de la poesía que de la matemática, de la risa que del silogismo, de la ensoñación que de la fatalidad. Por eso siempre aspira a más de lo que alcanza, y pone como criterio último de la vida plena a una cosa tan gratuita e inexplicable como el amor.